

LITERATURA

RAMÓN
PALOMARES
HABITANDO EL REINO
1974

VEREDICTO

Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en el año
1974 con la obra *Adiós Escuque*, en el género Poesía.

Jurado: Edmundo Aray, Vicente Gerbasi, Francisco Pérez
Perdomo, Marco Ramírez Murzi y Ludovico Silva.

texto, entrevista y notas
Pedro Ruiz



Esta colección surge con el propósito de testimoniar el quehacer de los creadores nacionales, galardonados con el **Premio Nacional de Cultura** que otorga el Estado venezolano en cada área, como reconocimiento a sus innegables méritos, cosechados durante una larga trayectoria dedicada a la construcción espiritual de la República Bolivariana de Venezuela.

Y como árboles y gentes del sueño
Almas erradas en raras arboles
Y furiosos débiles vuelven a la vida
Hurgando unos recuerdos / más allá de nosotros .

PREMIOS NACIONALES DE CULTURA

LITERATURA

RAMÓN PALOMARES

HABITANDO EL REINO

1974

texto, entrevista y notas:

Pedro Ruiz

© De la compilación: Pedro Ruiz

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2019 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio

Caracas - Venezuela, 1010

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Corregido por:

Zenaida Peña

Diagramado por:

Dileny Jiménez

Diseño de la colección

Dileny Jiménez y Carlos Herrera

Fotos e imágenes:

Coordinación Trujillana de Cultura

Edición al cuidado de:

Luis Miguel Enríquez

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2019000358

ISBN: 978-980-14-4440-4

*A la memoria
del poeta Jesús Enrique Guédez*

*No hay exégeta mejor de la obra de un poeta,
como el poeta mismo. Lo que él piensa
y dice de su obra, es o debe ser más certero
que cualquier opinión extraña.*

CÉSAR VALLEJO (1)

R. Pelomero

CAPÍTULO I

ESCUQUE: UNA PUERTA A LA SENSIBILIDAD

Ramón Palomares ha vuelto a casa. Aquí está la memoria de su infancia, hay un árbol, una flor, y un corredor que aguardan. Son huellas de Polimnia, la madre adoptiva, perdurable presencia, verso y ángel de la guarda del poeta.

Cuando Ramón Palomares desciende desde Mérida la casa es una estación propicia al canto y en un habla dulce y fluida vuelve a nacer Escuque. Al pie del Cío, donde aroma la datura y liba el colibrí, hay un oído mirando el universo en el estremecimiento de un poema.

Yo he estado en la ternura de aquel patio, y he sabido por boca del poeta de las voces que poblaron la huerta, que son las mismas que fueron una puerta a la sensibilidad en aquel Escuque donde nació, el 7 de mayo de 1935.

El pueblo era entonces una urdimbre de oficios por cuyas calles descendía el aroma de los cafetales en flor, y el sonido orquestal de las bestias de carga anunciaba el día. Unas dos mil almas poblaban la comarca de los mitos. La tierra

cantada por Juan de Castellanos se erigió profunda y se hizo colectiva ensoñación. Un compendio de prodigios entró en la historia desde que el fiero español trizó su mundo mágico, y le pusieron fecha de nacimiento (1558, refieren los cronistas).

Los primeros cronistas la llamaron ciudad, y la escritura de Juan de Castellanos testimonia el asombro de los primeros viajeros que avistaron la comarca de Los Cuicas

De buena voluntad sirvió de guía
a la ciudad que Escuque se decía
las casas de grandeza tan pujante
tanta y por tal orden y concierto
que no se vido cosa semejante
en cuanto por allí se ha descubierto (2)

Después de aquel infortunado encuentro vinieron otros seres humanos, y estos engendraron a otros y la ciudad tuvo guerras, paz, ideas nuevas, y estas se tradujeron en escuelas, periódicos, grupos culturales y como una constante: ser libres y cultos.

Un manojo grande de hombres y mujeres edificaron un linaje sonoro, orquestaron sus sueños, y comenzaron a andar los caminos desde aquel territorio de encantamientos donde nació Trujillo.

Ramón Palomares integra ese linaje, es decir, es Escuque, y en su obra se perpetúan los mitos de aquella geografía cuyos dioses nacieron allí con nombres propios: Madre Chía, Padre Ches, Madre Icaque, y siguen tutelando la

vida del poblado desde las montañas Garapao y Quibao, por donde van los pasos del poeta cada vez que regresa al pueblo.

Samán abajo, buscando El Colorado, donde nació Salvador Valero, le oí decir: “Por aquí estaba el pozo de los Siete Reales, es decir, parte de mi infancia”. Yo tenía la certeza de que hablaban los árboles, de que la voz que oía era el paisaje. Estábamos continuando un diálogo al que siempre volvemos cuando tenemos la fortuna de escuchar las palabras del poeta.

“Hasta la década del 40, más o menos, las pequeñas poblaciones, como la nuestra, tenían una cierta autonomía económica. Eran pobres –Escuque un pueblo pobre–, pero tenían esa especie de autonomía que les daba cierta independencia, un cierto carácter, y daba como orgullo vivir allí, aun signado por aquellas mismas circunstancias, por su historia y su vivacidad e inteligencia: las personalidades que florecían allí; muchas se dedicaban al magisterio, la industria, la artesanía; a tan distintas áreas de trabajo. Y así pudieron hacer de sus vidas unos focos irradiantes, si bien aunque atenuados por su pobreza.

>>Puede uno pensar en las penalidades que se vivían allí, que se sufrían; cuanto más al imaginar, las guerras trujillanas de fines del siglo XIX, donde la gente vivía en permanente zozobra, en donde, por ejemplo, la batalla de Isnotú costó la vida de unas 300 personas, por nada, para nada, sin nada. Ciertamente, había allí demasiadas dificultades: los sacrificios, la tristeza, todo eso los rodeaba. No es que yo viviera esas circunstancias, mi vida de niño, de niño que se

da cuenta de las cosas, alrededor de los seis, siete años, tenía esa edad el país era otro, y se encaminaba hacia una sociedad diferente. Aquella sociedad feudal, con un sentido opresivo del trabajo campesino –como siervo de la gleba– su explotación en las grandes haciendas ya estaba camino a extinguirse, con lo que ya sabemos de la incidencia petrolera y los cambios políticos. Aquello con todo no destruyó la fuerza de las poblaciones para desarrollar una vitalidad muy propia, y eran campo para que surgieran individualidades de gran empeño, y enaltecer gran iniciativa. Qué importante, reconocer su trabajo y su esfuerzo por crear en sus colectividades mejores y más nobles condiciones de vida.

>>A fines del siglo XIX se realizan en muchas partes de Venezuela esos esfuerzos por adecentar las poblaciones, por darles un mejor urbanismo, darles normas básicas del vivir ciudadano, especialmente en cuanto a las instituciones comunales. Se preocuparon por las calles, por la condición sanitaria, por los caminos y las vías de comunicación. ¡Tantas cosas! Igualmente, la fundación de las primeras escuelas, los primeros institutos de educación secundaria. Eso, en alguna medida, tuvo mucho que hacer en Trujillo a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

>>Allí encuentro la personalidad de mi abuelo, Julio Helvecio Sánchez del Gallego, que fundó en Escuque el colegio que se llamó Colegio San Luis, alrededor de 1907; y trabajó intensamente en la fundación de un club social y una institución, “Glorias Patrias” que integraba un amplio número de gentes en la actividad intelectual. Todo ello reunía esas interesantes personalidades que se destacaban por

su sentido humanista. Hubo pequeños periódicos, muy dinámicos, aquí en Escuque. Ese florecimiento es necesario destacarlo si queremos mirar la historia de nuestros pueblos, y aún de nuestro país, aun en sus más modestas expresiones, pues constituyen su elemento celular, las unidades que hacen su totalidad en el orden económico al igual que en el de su organización social y comunal, en el de la educación y la difusión de las ideas y del sentido civilizado.

>>Quería también destacar la personalidad de una tía abuela, que se llamó Julia Vivas Muñoz y que se destacó, igualmente, en aquel círculo de la enseñanza y de la inteligencia que a tantos beneficiara.

>>Todo esto tiene interés para la apropiada ubicación de cualquiera persona. Y en mí, decía que es posible advertir una cierta recurrencia y una cierta nostalgia de aquel que-hacer, en mi propio trabajo y escritura.”

NO HABÍA RIQUEZA

A David Cortés Caban

A veces pasaba un viento alegre y las azucenas en el altar del Niño Jesús
volaban con las campanas nuevas
y el mismo Niño estrenaba su capa.

Derrumbaron la vieja iglesia y llamaron a un Lisímaco Puente
y Lisímaco Puente hizo una hermosa nube como iglesia.

Pero no había riqueza

la gente comía su pan de arepa, su pescado seco
y un queso áspero y salado majado en leche con ajíes.

Los sastres cortaban y cosían
con puños de alfileres entre sus pocos dientes
y peluqueros distraídos afeitaban los mozos con totuma.

También maestros albañiles y serios carpinteros
se ayudaban con su poquito de aguardiente
y mucha pintura y aserrín como sobretodo y sombrero.

Cierto, no había riqueza,

de vez en cuando un viento próspero
sacudía cafetales y tablones de caña
y soplaba por clarinetes y trompetas,

y en el Club Glorias Patrias muchas parejas se entretenían valseando
y divertían las barras.

Y aunque en verdad no había riqueza

Don Germán del Gallego hizo traer de Suiza
un gran reloj azul y lo puso en la torre.

Al año se murió Don Germán solo y muy triste
en un oscuro sanatorio.

En cuanto a la riqueza

no la había.

(del libro *Vuelta a casa*)

¿Cómo se recuerda usted en ese Escuque a la edad de 7 años?

—Era el entorno de una infancia plena, pues era un niño que disfrutaba de cierta limitada independencia y un sentido propio de las cosas, nunca arbitrario, y más bien recogido y solitario en su fantasía. El entorno desbordante se proyectaba hacia mi interior y despertaba mi intimidad, y el pequeño gran mundo que un niño a esa edad puede habitar se llenaba de colores, esplendor y acontecimientos fascinantes. El entorno de mi casa era muy acogedor, lleno de pájaros, de lagartijas, de animales de monte y animales domésticos que se perdían y al poco tiempo regresaban hambrientos. Más que familiar era aquel entorno, porque no se trataba de algo salvaje; y no era yo un niño campesino al borde de territorio hostil, sino un niño aldeano, vecindad amable con aquellos espacios donde sesteaba algún rebaño y que tenían el atractivo de lo silvestre, la sorpresa y vitalidad que da el encuentro de lo natural, lo virgen, la naturaleza más pura.

¿Hay personajes de esa época que fueron determinantes en su vida? Algunos aparecen en su obra...

—Había vivido de niño algunas circunstancias muy especiales de pobreza, y para ese tiempo, mis siete años, todo había cambiado, me encontraba en condiciones mucho más apropiadas, donde mis necesidades fundamentales estaban resueltas; y vivía bajo el manto de la inmensa bondad de una tía que acogiera a algunos de mis hermanos, como a mí, en su casa. De allí, ese amor, ese afecto profundo para ella, doña Polimnia Sánchez de Olmos y para quien fuera su esposo, don José Olmos, gente que fundamentó con amor esa edad infantil.

¡Que maravilla, no! se advierte allí una tradición ¿Hay posteriormente otros maestros o maestras?

–Por supuesto, la tradición de mi abuelo que era un poeta. Por su propia creación como por su profundo amor a las letras y los versos, a la poesía; fue él un humanista en toda su amplitud, un orador magnífico y un poeta singular.

También estaba mi tío Julio y todas mis tías, que eran gentes dedicadas a la enseñanza, dedicadas a la educación, gente de un perfil biográfico muy hermoso: modestas, amables, y de un nivel cultural considerable en relación a cuanto se podía obtener, en ese sentido, en el ambiente. Se desenvolvían como hijas de un hombre humanista –eran así toda sencillez, generosidad y modestia–. Mi tío Julio Sánchez Vivas, hermano de mi padre y mi propio padre, Rómulo Sánchez Vivas, eran, igualmente, hombres de vocación humanística, fueron –en Escuche– personajes arquetípicos en ese sentido. Mantenían esa inclinación, y nos legaron la fe de que la poesía tenía sentido, de que el amor a las letras tenía sentido, de que la enseñanza y la educación eran algo fundamental que deberíamos sembrar y cultivar.

Esa tradición la he tratado de mantener, igual que conservo de ellos poemas y recuerdos; uno es continuidad. Tú eres continuidad de tus padres, de tu ámbito, de tu relación con lo que es y ha sido tu entorno. Tú no podrías decir: el de ayer y el de hoy; el que fui y ahora ya no soy. Nunca decir no soy campesino, ahora soy un hombre urbano. Porque en verdad uno se reconoce como un continuo, y por ese continuo tú y yo ahora tan gratamente andamos.

¿Escuque ha sido para usted un espacio sagrado que se expresa en su poesía?

—Cuando tú dices un espacio sagrado tal vez lo estás considerando en un sentido antropológico, justo en la manera como autores altamente reconocidos lo han señalado: el lugar del verdadero encuentro con el universo. Y en ese orden es ese espacio donde se revela tu condición, donde te abres al universo. Y es así Escuque y toda mi región andina y montañosa un espacio sagrado para mí.

Como decía, crecí en casa de mi tía doña Polimnia Sánchez de Olmos, mi madre adoptiva; ella junto a sus hermanos menores y el resto de sus hermanas formaba parte de una pequeña legión de misioneros de la educación. Aquella relación con la enseñanza implicaba, en plena armonía de gentileza el gusto amoroso y afición por las “bellas letras”, y en esto en disfrute y acentuada amistad con la poesía (se hicieron lectores de Fray Luis de León, Rubén Darío, Amado Nervo y Antonio Machado, entre otros), y no eran escasas las ocasiones en que escribían, y en fin, hacían de esta relación parte de sus vidas, tan distantes de ambiciosas pasiones y violencia. Deriva de allí mi afición a la lectura creativa, a la belleza y al propio ejercicio de la escritura, en la deleitosa cercanía de libros de cuentos y revistas infantiles de excelente calidad como para que germinara en mis adentros, alguna cierta raíz encantada, de esas que guarda un niño en su retraída fantasía.

CAPÍTULO II CON ÉL VIAJABA EL REINO

El niño, que en 1941 es inscrito en la escuela Eduardo Blanco de Escueque, muy pronto debió ponerse en camino. Aquella vocación docente que pobló su casa marcaría su primer itinerario. El azar y sus primeros compromisos políticos despejarían nuevos horizontes.

–En 1948, finalizada mi educación primaria, tuve oportunidad de seguir estudios de maestro normalista en Barquisimeto y Caracas, y debido a huelgas y protestas estudiantiles en que me viera envuelto en aquellos tiempos de dictadura, terminé por graduarme en San Cristóbal (1952). Me desempeñé después como maestro en el pueblo trujillano de Betijoque donde se vivía en una larga calle sola. De allí decidí irme a Maracaibo donde imaginaba tendría un horizonte más amplio y posibilidades más ventajosas; sin embargo, un año después me hallaba en Caracas comenzando estudios superiores en el Instituto Pedagógico Nacional para formarme como profesor en la especialidad de Castellano, Literatura y Latín.

–En mí el azar maravilloso –gran azar– me conduce y ampara, se diría que ser maestro, profesor, estaba dispuesto para mí.

En cuanto al vivir político, (que no llamaría político sino de rebeldía y de subversión en que a veces me vi envuelto, tuvo que ver con el ambiente, en el cual una persona joven que se viera a si misma en forma digna tenía que escoger, y en esa escogencia priva todo un mundo de entusiasmo por la libertad, por la justicia y la belleza. Y uno entra decidido a luchar...).

Para mí ha sido por demás claro la relación de pertenencia con las clases desposeídas. “con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte hechar, José Martí” a las que pertenezco por mi clase, por mi formación y mis ideales. Ese ha sido un nicho de especial importancia porque nací en un ambiente de extremada pobreza.

Con él viajaba El reino. El viajero trasegaba los mitos, una tierra, unas aguas, unas nieblas y un aire daban razón del ser que poblaba los Andes desde los arquetipos. Volvíamos a nacer nosotros y los habitantes de la lejanía precolombina.

Voz extraña y sencilla —*la nombra Patricia Guzmán*— destinada a ensanchar el horizonte de la poesía venezolana del siglo xx y a resonar en las dos orillas del Atlántico. Extraña en virtud del acento profético, cabalístico y mágico que el poeta le imprime. Y sencilla, porque el arduo trabajo lingüístico al que se entrega Ramón Palomares, en pos de la reconstrucción del universo a través del lenguaje, parte de su necesidad de nombrar su lar, su paisaje primigenio — y lo primigenio y esencial que se revela en las voces que arrastra el viento en los pueblos andinos de Venezuela.(3)

Poesía y pedagogía, hijos de un azar maravilloso, prefiguran la obra del hombre que ha venido siendo. En 1955 publica *Elegía a la muerte de mi*

padre, “una de de las elegías más dramáticas con que cuenta la poesía venezolana”, en opinión de Ludovico Silva. (4)

ELEGÍA A LA MUERTE DE MI PADRE

Esto dijéronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele los ojos por última vez

y huélelo y tócalo por última vez.

Con la terrible mano tuya recórrelo

y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte

y entreábrele los ojos por si pudieras

mirar adonde ahora se encuentra.

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre

y en el aire dejaron pedazos de sus alas,

con una sombra triste y dura se perdieron

como amenazando la noche con sus picos rojos.

Las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado

a la noche se han abandonado como corderos

o como mansos puercos pintados de arroyo;

vélos abrirse paso en el fondo del bosque

junto a los ríos que buscan su lecho subterráneo.

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas

toma el perfume entre las manos y échalo lejos,

lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado.

Ya entró la terrible oscuridad

y con sus inexorables potencias cubre las bahías

y hunde las aldeas en su vientre peludo.

Toma ahora el jarro de dulce leche
y tíralo al viento para que al regarse
salpique de estrellas la tiniebla.

Pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo de fuego
y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes, y nadie las distinguirá jamás.
La joven vestida de primavera,
la habitante en colinas más verdes,
la del jardín más bello de la comarca,
la del amante de las lluvias;
la joven vestida de primavera se ha marchado,
inconstante, como los aires, como las palomas,
como el fuego triste que ilumina las noches.

Así pues:

Que tus manos no muevan más esos cabellos,
que tus ojos no escudriñen más esos ojos,
pues se cansa el caminante que en la cumbre se detuvo
y que al camino no pudo determinar su fin.
Pon sobre los lechos tela limpia,
arrójate como el vencido por el sueño
y como si fueras sobre los campos, sobre los mares,
sobre los cielos, y más, más, y más aún:
Duérmete, como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y nos independiza

de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida.

Dijéronme:

Tú padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele por última vez los ojos

y huélelo y tócalo por última vez:

como se toca la flor para la amada, así tócalo;

como se miran los extraños mundos de un crepúsculo, /míralo;

Como se huelen las casas que habitáramos un tiempo, / huélelo.

Ya los zamuros se retiraron de las viejas montañas
y también los lobos, las serpientes,
y no saldrán hasta los claros bellos de la luna
y no escucharán el canto de las estrellas silvestres
y no detendrán el suave viento que mueve las hojas.

Voltearon y se fueron y ya no quieren más las claridades,
las claridades que bailan serenamente en las copas.

Ya las flores nacidas anoche,
como el lirio, como la amapola, como la orquídea blanca;
las flores nacidas anoche han desaparecido
y solo cuelgan con olores tristes de los gajos.

No mires más los arroyos que se llevaron las aguas,
las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,
y por la lejanía no dejes vagar tu mirada
acuciada por el dolor de los pájaros presos,
por el dolor de quienes dejaron partir la amada,
por el dolor de quien no puede marchar más nunca a su país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
sobre la tarde gris, por el cielo inhóspito,
ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

(del libro *El reino*)

Con la aparición de *El reino*, su primer libro, en 1958, la poesía venezolana se hizo fábula habitada por seres en ensoñación perenne, fundadores de mundos en la ingritud de una colina, con saberes y deberes que armonizan y potencian la fuerza de la tierra. Hombres y mujeres capaces de tañir antiguos cantos e hilar historias que dan razón de la universalidad de la comarca, pueblan su primer libro.

“Hacia allá me llevó la vida, hacia allá ha sido y fue”, narra el poeta, al evocar aquellos años de formación intelectual, y en los que puso en manos del lector sus primeras creaciones.

—Ya en *El reino* me planteaba que era necesario desarrollar elementos de lenguaje que expresaran con más énfasis nuestro entorno. No puedes estar a cada rato mirándote en el espejo del otoño o en la nieve invernal. Aunque son elementos admirablemente poéticos en situaciones como que personalmente vivía no habían sido vivenciados de modo suficiente. No eran mis vivencias. “Quiero ser un poeta de vivencias auténticas”, pudiera haber dicho en aquel entonces, “y preciso referirme a lo vivido”. Y, en ese lenguaje, el lenguaje de *El reino*, donde priva más una búsqueda estética, un orden más clásico, asumen su lugar expresiones y terminologías, referidas con énfasis a la imaginación de nuestros pueblos.

—Ya en la adolescencia comenzaban a insinuarse, con mayor firmeza, las lecturas de orientación literaria y reflexiva; a esta altura, cuando se ha leído ya a Gallegos y se ha estimado a Andrés Bello y se ha escuchado y recitado innumerable poesía

romántica y disfrutado el sonido de los modernistas y admirado los versos de Rubén Darío, y aún más, vivido hondo los poemas de amor de Neruda; entonces, aparecía en manos amigas el iniciático Hermann Hesse de *Sidharta* y *Narciso y Goldmundo* y luego Máximo Gorki para abrir paso a los escritores rusos y, como extraordinaria experiencia la poesía precolombina... como es de suponer había muchos otros asuntos acerca de los cuales leer y discutir, y en esto entraban aquellos tocantes a la situación política y las luchas sociales, vivíamos entonces en la dictadura perezjimenista y los acontecimientos presionaban hacia alguna forma de militancia, o, al menos, de alguna prevención de orden político. Así se hizo tiempo para la fundación, en compañía fraterna, de un periódico en el pueblo de Escuque –*Fragua* le dimos por nombre–. Me acompañaron en ello mis fraternales amigos Francisco Prada y Jesús Manzaneda. Y, pues, así... ya entre los catorce y diecisiete años se tocaba un umbral decisivo para la vocación literaria; y al confrontarme con la gran ciudad, con la inteligencia, ímpetu y experiencia de nuevos grupos de jóvenes que andaban en una aventura semejante por la libertad y la belleza, la exigencia ya era mayor y la conducta frente a esas exigencias más decidida. Pude contar entonces con amigos extraordinarios que se ocupaban bien de su trabajo o bien de sus estudios, igual que yo del mío, pero que se hallaban desde hacía tiempo y ya de manera definitiva en el campo de la creatividad. Por otra parte, en mis clases del Instituto Pedagógico encontraba extraordinarios profesores e inmejorables compañeros de curso. Corrían tiempos en que la ciudad de Caracas se revestía de una arquitectura airoso y estimulante y las calles todavía estrechas iban abriéndose a una perspectiva más luminosa. Las numerosas e inmensas construcciones se veían bullentes y activas y aunque tras

esta poderosa dinámica de trabajo y vitalidad se ocultaba una fuerza oscura y criminal (la Seguridad Nacional, policía política del régimen y las cárceles repletas de jóvenes activistas), nos desenvolvíamos en un espacio grato y hermoso. Existía un excelente clima en lo que se refiere a la arquitectura, la música, las artes plásticas y a pesar de esa helada corriente del miedo, las ideas democráticas se abrían en fervorosa actividad en la conversación con otros jóvenes y mayores de entonces auspiciando un clima de mejores tiempos, que lamentablemente muy poco duraría. Y así era posible presentir el desarrollo y fortalecimiento de tanta gente en el camino que transitábamos. Vivíamos la época de los años cincuenta (1950–1960), y en nuestra oposición a la dictadura nos encontrábamos en situación de valorar, con un sentido pleno y vital, la experiencia y la concepción de cuanto significan la libertad y la dignidad y cuanto confieren a quienes la consideró su guía y su verdad y son capaces de luchar y aún sacrificarse por sus principios.

En aquellos mis veinte años la pasión por la poesía alcanzó en mí la fuerza necesaria como para ser asumida como el más deseado y auténtico de mis ideales. Y encontré en algunas secciones literarias, especialmente en el diario *El Nacional*, espacio generoso donde publicar algunos de mis poemas; y sobre todo la amistad y el apoyo de mis compañeros de generación como Adriano González León y maestros de nobleza y generosidad imponderables como Vicente Gerbasi y Juan Sánchez Peláez, que desde muy temprano me asistieron con su afecto y conocimientos. De manera que en aquel tiempo de culminación juvenil, y a pesar de los avatares de una extrema pobreza, tuve mi lugar en aquel mundo encantado que celebrábamos entre canciones, persecuciones políticas, cerveza celestial y, por supuesto, la jamás ausente, tormentosa y por siempre bienvenida pasión

del amor. Después, entre lo más emocionante, la publicación del primer libro que nos conmueve tan profundamente por más que ya parecíamos reconocer que su más hermoso regalo, su más exquisita generosidad, había sido entregada en el momento del esfuerzo creativo y que las complicadas diligencias de la publicación, lejos de ser fastidiosa instancia, no eran más que ligeros escauceos del gusto y el inmenso cariño por esas páginas cargadas de tan maravillosas ilusiones. Su celebración ha permanecido en gracia y alegría dentro de mí por muchos años. Y ya uno se habría encontrado en la alta colina y ahora contemplaba aquel entorno extraordinario que lo reconoce e invita, y uno siente con la mayor intensidad por la primera vez que la vida lo espera y que han quedado atrás muchas cosas de alegría y pesadumbre que ya no son nuestras y no vuelven.

Salvador Garmendia al referirse al libro *El reino*, afirma

Con un poder de fabulación inigualable, Palomares aborda la exultante realidad que le rodea con un lenguaje sorprendente, solo comparable a la exquisitez de los diálogos de los poetas náhuatl en la flor y canto o la belleza sensual del Cantar de los Cantares. Desde este primer libro, Palomares revela un virtuosismo y una madurez sin precedentes, al tratar en profundidad temas universales y eterno. (5)

EL VIAJERO

Me permito mirar atrás,
tomar una copa y reír
en todo igual al cielo
y sus brindis de licor fino sobre mi cabeza.

Comienzo así la deliciosa fiesta
en que la feria
por mi corazón queda transformada
pura, despojada de los malos sabores
y los asuntos del desprecio.

Entro así,
Parecido al ganador de las mañanas
o al pájaro que roba la última estrella.
Esta es mi suerte
Y así quedan mis dados,
mis cartas entre los paños amos del azar.

Una mujer alumbra este rostro
desde muy lejos.
Hecho por su amor,
a ella debo el fulgor de mi boca
y el baño que en mis labios se brinda
cuando la belleza me posee.

Luzcan en mi elogio muy altos sus senos,
conviértanse en el lirio inmortal.

Amigos desertores del salto,
huidos de las mieles del juego.

¿En qué parte, diseminados,
siembran los años de compañía
y lloran, por nostalgia,
las pequeñas glorias pasadas?

A cada día
el cielo se hace espeso
y andan lentas las naves.

Alarguemos este amor
y el único rocío de los besos.
Un brindis, un brindis para ti,
precioso amor ido,
o venidero
o de nunca jamás.

Y aunque muera esta rosa roja
y mi frente sea un día coronada por la rosa blanca
quedará en los aires un íntimo y purificado placer.

Por más que no me llamen los aires
estará el aroma vivo
y la alegría bordará la tierra.

Si no se conoce mi nombre
me llamo el viajero,
el que no alcanza a ser la flor trinitaria.

Pero hoy te poseo, sol,
no menos que las espumas
o los peces ocultos.

Tiempo hace que mi padre abandonara la ciudad,
pero mi presencia le da créditos.

Y, constantes,
las altas montañas derriban la luz,
y los caballos juegan sobre el oro
bajo el último sol.

Hermanos, qué lejos,
qué aire tan diferente respiramos hoy,
en tu boda
¿No hubo lágrimas?
¿No se manchó el traje de alba
ni hubo lluvia mientras se dormía?
¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura,
cuando acontece el descenso de ciertas aves?

Qué larga la tarde
y dada a la meditación.
Pronto, al árbol que miro cerca de la noche
aparecerán densas riberas
brillantes hacia el cielo.

Por todo esto que peso
y comparo al paso de los vientos
veo que debo ser algo triste.

Pero en un instante sopló la nostalgia
y arranco de mí la alegría
como a la más bella flor de mi cuerpo.

Y al paso de los astros
las gentes muertas
y los hechos desaparecidos
brindo a los ocultos
los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
diciéndome que no retornará más nunca.

Y así comienzo mi aventura.

(del libro *El reino*)

CAPÍTULO III

EL HABLA DE LOS PAISANOS

En 1964 apareció *Paisano*, libro escrito entre los años 61 y 62 en Boconó, que responden a su necesidad de reconocerse en su región de origen, de compartir y cantar la vida del ser humano que la habita.

–Que la persona se descubra como ser de un lugar; como un acontecimiento humano cuya referencia sea, precisamente, su innegable insurgencia de una tierra. Y que en ese orden pueda descifrar la búsqueda de una expresión más suya y más real. Es necesario que la persona descubra su ser, su acontecer y su conciencia y eso es su despertar. Hacia allí se dirigieron mis inquietudes en la expresión de la poesía. Mi dedicación ha sido constante en el ejercicio de la escritura; de ninguna manera una experiencia dispersa.

Boconó fue para Ramón Palomares el más propicio espacio en que un ser humano puede poner en libertad todos sus sentidos: continuó su militancia revolucionaria, se hizo pionero en los talleres de poesía en el país, y como una constante que define su obra continuó su indagación en el habla campesina por donde asoma el mito y el estudio permanente de los autores clásicos. Allí supo también de cárceles y persecuciones

Sí, preso por mi rechazo a los abusos del betancourismo, y su inconstitucionalidad, falsa y pervertida ilegalidad. Y, ciertamente fui expulsado con peligro de mi vida si regresaba en aquellos días.

Pero, dejémoslo hasta allí y volvamos a lo que hablabamos, mi gusto apasionado por el lenguaje: disfruto el lenguaje. En días pasados, al ojear un libro de Góngora una vez más me sentí extraordinariamente fascinado por su poesía, al punto de intentarme aprender de memoria, como hiciera, tanto tiempo atrás, muchos de sus textos y así poder asumir al máximo su encanto. Disfrutaba la belleza de sus imágenes, sus metáforas, sus cadencias, el sonido de sus palabras en sintaxis sin comparación. Habitan allí las cadencias y musicalidad del idioma. Me gusta escuchar el idioma y leerlo en voz alta. Es eso cuanto hablábamos, vocación del lenguaje. Y, es eso, igualmente, lo que me lleva a avecindarme muy en particular con un lenguaje campesino, un lenguaje de aldea en donde puedo encontrarme conmigo. Y esa es mi infancia, ese es el rodeo de escucha de mi infancia cuando tenía la edad que tú invocabas al comienzo. Ciertamente, orden encantatorio.

En Boconó, en esa comarca campesina, el uso del arcaísmo en mi tiempo de paisano era bastante marcado y tuve ese gusto de apreciar sus sortilegio y sonoridad; como dijera algún amigo en oportunidad de referirse al libro *Paisano* "asumía el encanto de sus voces".

Y eso era parte del encuentro con Boconó, también su sabor de lejana comarca. Pueblo, villa, que caminaba un poco más allá del orden mágico de una hermosa aldea. Y, cableaba allí además una solidaridad que se acentúa allí con cierta militancia del

trabajo y del ser campesino. Ese lenguaje me resultó decisivo entre *El reino, Paisano* y el propio *Adiós Escuque*.

Hablábamos de la relación entre la militancia revolucionaria y la relación con Trujillo y el lenguaje amado desde la visión clásica, desde los grandes poetas, y amado también desde la visión del pueblo.

–Asumía entonces una inclinación decisiva hacia el lenguaje vivo, vivificante, hacia su dinámica, hacia su sonido amoroso, hacia su ternura y hacia el universo indígena que hay allí como rescoldo y que es país nuestro y con el cual uno se identifica al tiempo que se entrega.

HERMANOS

Los que andamos con el frío,
con la niebla, con el sol,
ay,
tenemos que comernos el valle,
tenemos que morder el enorme cedro y el algarrobo.

Allá viene silbando el que es sobrino de las nubes,
el que salta por los pastos.

–No vas a envolver el techo de los pobres,
no les quites la espiga del maíz ni les asustes los caballos,
ni les despertés los muchachitos.

Y viene mi hermano el mojado
y el que tiene ojos fulgurantes y el roncador
y el furia.

Enroscando todo
nos vamos los hermanos,

ya cogimos los árboles y los tumbamos de cuajo
y no nos dio lástima los pichones ni las culebras que se criaban
y las florecitas que volaron.

Se dirá que íbamos por la oscuridad y sacudimos nuestra plata
como los ricos,
esos que vinieron con mantos de noche
encabritando los ojos.

(del libro *Paisano*)

CAPÍTULO IV

VOLVER A BOCONÓ: UN ENCUENTRO CON LOS AFECTOS

En diciembre de 2003 Ramón Palomares volvió a Boconó. Allí homenajeábamos a Domingo Miliani, y presentábamos el libro *Domingo Miliani entre montañas y recuerdos*, recopilación del profesor Rafael Ángel Rivas Dugarte. Fue un encuentro evocativo y amoroso en el que campesinos, estudiantes e intelectuales fueron al encuentro de la palabra de los dos creadores. Al día siguiente, en el Programa radial *Paisano*, tuvimos este diálogo.

–Boconó es tierra a la que siempre he amado, tierra mía; y cuando se dice mía es porque se le pertenece profundamente. Allí se me dieron innumerables poemas, se editaron mis libros, nacieron mis primeros hijos; es tierra abonada con lo más profundo y más hermoso. Por eso reencontrarme con ella, como en esta ocasión de rendirle un homenaje profundo y mercedísimo a nuestro querido y fraternal Domingo Miliani, en esta ocasión de nobleza es por demás feliz enviarles un saludo muy emocionado, inmensamente cariñoso, en la solidaridad de este proceso revolucionario que estamos viviendo y que no tiene retroceso.

En el libro *Domingo Miliani, entre montañas y recuerdos*, hay un texto que le dedica a Ramón Palomares, en el cual habla de un trujillano que llegó a Caracas, al Pedagógico, con sus primeros versos...

–Mi encuentro con Domingo Miliani ocurrió en el Instituto Pedagógico cuando llegué a hacer mis estudios; entonces ya era él alguien curtido en el pequeño grupo que conformábamos los estudiantes de la especialidad (1953). De manera que encontrar a Domingo era encontrar, entre otras cosas, un gran capitán, él siempre fue un gran capitán. Lo recuerdo con el cuello de su camisa expuesta y una inmensa sonrisa que tenía mucho de infancia y, por supuesto, mucho de la leyenda y poesía de su tierra de Boconó. Es muy difícil encontrar gente que ame más a su tierra que la gente boconesa, siempre orgullosa de su comarca, de su jardín.

Don Edoardo Crema –dice Miliani– nos enseñó la pasión por la lectura. ¿Cuáles fueron esas lecturas que signan su tránsito como poeta y también el de Domingo Miliani? En su caso usted comienza con esa presencia surrealista que estaba entre nosotros y se viene a Boconó y comienza a ver en el habla de los campesinos...

–Domingo refiere con mucha puntualidad esa experiencia inolvidable del Instituto Pedagógico, que como vida juvenil está impregnada de un sentimiento de ternura, de fogosidad, un sentimiento amoroso y fraternal. El Instituto Pedagógico era un refugio y más que un refugio un semillero de gentes militantes de la cultura y especialmente de la poesía, con unos maestros extraordinarios como esos que acabas de nombrar tú en ese texto de Domingo. Y Domingo refiere algunas lecturas muy conmovedoras porque era el descubrimiento de los poetas clásicos y ese descubrimiento se llevaba adelante en la expresión de unos profesores extraordinarios, que fundaron en gran medida el sentido crítico en nuestras letras del siglo

xx. Precisamente, del profesor Edoardo Crema escuché, muy conmovido, muchas de esas lecturas de los autores clásicos y que en alguna medida se reflejan en mi libro *El reino*.

Me parece muy oportuno lo que dices de cómo cambia el lenguaje en mis textos cuando llego a Boconó. Y Boconó me fue inmensamente generoso en darme y conmocionarme hasta despertar en mí un lenguaje que, como dije antes, es como si lo fuera de uno más de los campesinos boconeses. Se produce ese cambio desde un lenguaje que, aunque no necesariamente fuera clásico, sí se encontraba un tanto al margen de la maravilla del surrealismo y más bien imbuido de aquellas imperecederas obras antiguas. Aquí en Boconó ocurre la fascinación de las montañas, del habla de la gente, de la insurgencia de un intento que aspira a recoger alguna resonancia de la mitología y leyenda que enriquecen sus paisajes.

Me casé con una dama de Boconó; a mi hija mayor, Polimnia, la vi nacer aquí; aquí asumí una más definida actitud de luchador social y aún político y aquí fue la ocasión de mis primeras experiencias de prisiones y persecución. Todo rodeado de una inmensa solidaridad, del conocimiento de gentes extraordinarias a quienes me encanta mencionar, como el bachiller Juan Evangelista Barroeta. Amigos que, para entonces, fueron igual hermanos... y así pude edificar experiencias de juventud que significan para mí una imponderable riqueza.

¿Qué le permite concluir de su experiencia como maestro, poeta, profesor de la ULA, sobre la importancia que tienen los talleres de poesía? Usted es uno de los iniciadores de los talleres de poesía en Venezuela.

– La idea que tengo a propósito de los talleres de poesía es la de una teoría y práctica que relaciona a sus integrantes con

el mundo de la sensibilidad, la afectividad, y la creatividad en la vivencia y expresión del poema; por supuesto, son aperturas a una fundamentación de la condición sensible. La poesía nutre la condición espiritual y los talleres de poesía, como otras experiencias de gran nivel, siempre serán de por sí elevadas y deseables.

PÁRAMO

Pasó la niebla por las cuevas,
tapó con su noche,
ningún pájaro se ve por los montes,
ninguna luz.

—Cantá por qué estás sola
por qué llorás,
porque te metites donde estamos los tristes.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores,
a quién le cantás,
a quién le decís de querer.

Allá está la que tiene un gran vestido,
se la pasa llorando,
se la pasa bebiendo de la montaña.

Echaron agua bendita
y se murieron las torcaces y dejaron
esterado de plumas todo.

Ay,

cuando estás cantando
todo se mueve, todo se vuelve
hacia donde cantas.

Te llamaré paloma, te llamaré miel,
te diré piedrita de río.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores:

¿ A quién le decís de querer?

(del libro *Paisano*)

CAPÍTULO V

POESÍA Y REVOLUCIÓN

La poesía es un instrumento de redención de nuestro pueblo, a través de su sensibilidad y lenguaje. ¿Cómo ha sido el tránsito de ese Ramón Palomares poeta, educador y el Ramón Palomares político?

–El poeta es un hombre comprometido. En este particular su compromiso se expresa, en cuanto a su creación, en su lenguaje y su temática que son esencia de comunicación y esencia de vida. Al realzar el sentido de la revolución y elevar y dar una mayor proyección a su lenguaje realza al habitante, realza su autoestima. Y en ese tratamiento de un lenguaje, habla del pueblo, y elevar la fuerza de ese pueblo, al asumir, como suya, lo que le es propio a una sociedad en tanto que modalidad de expresión, de belleza y profundidad. En la búsqueda de ese camino hay elementos subversivos.

En esos encuentros me vi envuelto en una relación política que, por otra parte, duró poco, solo el tiempo que le era propio. Ahora bien, uno advierte por todas partes la energía, la decisión y la profunda raíz popular del actual proceso, más allá de una esperanza maravillosa es también el camino del cual no se retorna hasta una victoria total.

A usted le ha tocado vivir distintas épocas de nuestro país, perteneció a la generación de los años 60 –de la cual también formaba parte *el Chino* Víctor Valera Mora–, y ha sido testigo de este tiempo, de este momento transformador que vive Venezuela. ¿Percibe que el sentido de estas luchas, esa entrega, han sido respondidas?

–Por mucho tiempo pensé que no veríamos durante nuestras vidas ningún cambio, que lamentablemente la sociedad venezolana –que ahora se mira asimismo soberana y prestigiosa en el conjunto de naciones latinoamericanas– estaba fatalmente, por lo menos en cuanto a nuestra vida, destinada a permanecer en un orden político, administrativo, económico dependiente, oprimido y expoliado como estuvimos viviendo hasta ahora, hasta el proceso que estamos viviendo y con el cual estoy claramente identificado. Y se vive la gran esperanza de que no se desvíe, de que no se tergiverse. Llevará su tiempo, pero tendrá el país la plenitud que su sacrificio y su historia desde tanto tiempo atrás se han ganado.

MOISÉS MOLEIRO Y UNAS FLORES ROJAS

–Recuerdo de admiración y afecto para los inolvidables

Víctor Soto Rojas y Américo Silva

En sus espacios verdes los cementerios solos levantan flores rojas
– vieja conversa con el fuego,
y en el silencio que han dejado los deudos
todo lleno de lágrimas y respiración de suspiros
brotes floridos de los muertos se requiebran, discuten y se quejan.
Tiempos así el espectro de nuestro noble hermano
se estira y se levanta
escarceando en la amorosa niebla una brevísima resurrección.
Lo recuerdo niño en la sombra –oigo decir–
cuando en nuestras andanzas
removíamos unas ruinas lóbregas desentrañando su
[esplendor.
””” En este sitio me establezco.
Aquí comienzo mi partida –decía.

(–País mío de azul y verde y diamante...
– y de amarillo seco, seda y fuego ”””
– asumían otros, lejos)

Veía distantes realidades más allá de lo cierto
¡Qué luz tan suya!
tal vez por esa impronta de relámpago
al encontrarme con su sombra se me aparece
vigoroso y lozano
– su efigie de garboso agitador que esconde algún escurridizo capitán
clandestino

andando y desandando para ordenar un pequeño ejército
(nuestro movimiento revolucionario).

Eran los difíciles años sesenta
Caracas asumía un trajín eruptivo
y las calles tenían esa vibración que hacía arder los parques con rigor de
disparos.

En los diarios se noticiaban asaltos, fuegos y represiones,
y por Sabana Grande los poetas exponían raras muestras de vísceras y
[carne
torturada.

También los bares explosivos de discusiones y cervezas
se arremolinaban en los rostros velados de mujeres hermosas y muchachos de
apariencia inocente,
y el golpe audaz, el secreto, la cacería implacable
todo era prueba y fuerza de vivir,
—un vivir prendido en fresco amor y noble amor
Con fuegos mortales.

De un piano viejo, húmedos de espejismos
su padre extendía humosas llanuras que se abrían en pastizales y manadas
salvajes

—Él los vería salpicados de sangre
Atenazados de una fuerza tenebrosa que ardía como una bacanal de
[bayonetas

En el ayer de ayer y en el arder de ahora cuando el monstruo recorre el mundo
con su infierno

Y así y entonces el soñador y estratega con su pequeño y aguerrido
[ejército

marchaba junto a sus hermanos de guerra
a disponer las breñas contra
Los señores de la gran alianza con el Imperio, la exacción y la muerte

--los grandes buitres de conjuras que ahora como ayer en siniestros

[convites

se visten como pájaros

y escupen serpientes.

Tiempo después, años después cuando avanzaba desde la oscuridad de un

[navío

borroso

hacia una expedición ensoñada

encontró como podía haberlo pensado

que la oscuridad --según se dice-- está hecha de un grumo espeso

[e inflexible

forrada en delaciones y emboscadas y sancionada de óxido

y así su campo de Montiel, entrevisto a relámpagos, desaparecía

arrastrando en el vértigo su rocín flaco y devastado

Y el soñador, capitán y estrategia de ese lejano y aguerrido ejército

abrió unas grandes alas hechas con delicado arte y sabiduría

y sonrió si bien triste, sin abandonar sus arrestos alegres,

Nunca alejándose, nunca perdiéndose de las ilusiones, del sueño o de la

[misma

realidad

muy de otro modo yendo hacia el vértigo, a la lucha sin fin.

Y así, se hizo parte de la verdad que nos muestra

que alguien puede arrancar a una pequeña, o grande, inmensa

guerra

--esa maestra de la sangre que enseña con crímenes,

con alaridos y niños hundidos en ceniza--,

el difícil impulso de llegar a ser libres

y que esa misma libertad, como la dignidad y la pureza

requieren de interminables cientos de miles de sacrificios

y voluntades firmes,

terrenales, amorosas, alegres y valientes

para lograr y hacer valer

la humana y prodigiosa condición de Ser
en el mandato y el reclamo,
que no es otro que hacernos libres para siempre y en sí elevarse
y en sí resplandecer y hacer la vida
con los demás, con todos

consigo mismo y con sus dioses.

Y es esta nuestra herencia
como verdad de buscadores de utopías
y antiguos arquitectos de arena.

Su poesía es fundamentalmente un espacio celebratorio y da razón de los procesos históricos que ha vivido nuestro pueblo. Ahora cuando estamos construyendo el socialismo bolivariano ¿Considera usted que la poesía y el socialismo son conceptos que se encuentran en el afán de conquistar mejores espacios para la vida y hacer del ser humano el centro de todo proceso transformador?

—Pienso que ese concepto significa una situación social más justa, más equilibrada, más armoniosa, que a su vez supone un ser que ama y celebra con mayor fruición, con mayor autenticidad y plenitud la vida todo cuanto ella ofrece de maravilloso. Mi vocación es celebrar la vida, en la belleza, en la justicia, en el amor, en la ternura, en la inocencia, en la naturaleza. No solamente el asombro permanente de abrir los ojos y encontrarse el mundo. La vida es asombro permanente de ver algo nuevo o encontrarlo aún en lo que se recuerda y ya es vivido. No el asombro que lleva a la estupefacción, sino el asombro que se descubre en una sorpresa, y todo es una sorpresa. Un proceso revolucionario, un proceso ampliamente generoso con la población, con sus pueblos, nos ofrece un inmenso regalo de alegría, de máxima alegría.

—¿Cuál sería el papel de los poetas en el socialismo que estamos construyendo?

—No podríamos hablar de un papel, es la sociedad la que se hace mucho más sensible, es la sociedad la que se ocupa de una reflexión y una contemplación más intensa. Es la sociedad la que podrá abrir de una manera más clara sus posibilidades, hacia una realidad donde la gente viva el regalo de la vida lejos de la miseria, honrando su historia, y como un gran corazón, como inteligencia y como integración con el universo. Lo que sé es que esa inmensa posibilidad de vivir así solo se manifiesta de manera colectiva cuando la gente puede alimentarse, tener salud, tener libertad con sus necesidades básicas bien cubiertas.

La poesía es una actitud y como tal puede ser cultivada, no solamente como escritura. La escritura está estrechamente vinculada con la poesía, pero no es la poesía. Lo fundamental está en vivir interiormente, en abrirse hacia la vida, en darse a ella cuanto sea posible y disfrutarla más al escribirla, de acuerdo a cuanto le sea propio a sus facultades expresivas. Situación culminante para una persona, tener el espejo en que se pueda mirar a lo más profundo, cuando ha escrito algo referido a su dolor, a su entusiasmo, a su alegría, a su amor, y lo hace suyo y de todos. Poesía para todo, en unos trazos sobre una pequeña hoja de papel.

Y no es que un poeta vaya a enseñar a ser poetas a los demás. Pero es necesario despertar la sensibilidad y decir cuán importante es esa sensibilidad, hay que ayudarla a nacer y a fortalecerse. La poesía es un patrimonio de todos, es un golpe en el aire igual que un trazo escrito; esencialmente es un estímulo profundo para una relación más hermosa con la vida.

Ese lema “Toda la Patria una Escuela” es hermoso y es una obligación...

–Es un deber ser de la sociedad que la Patria sea una escuela, es un deber ser, estar abierta siempre al aprendizaje, estar abierta siempre a lo nuevo, sin que eso implique tirar por la borda todo lo viejo. *La Patria una Escuela*, muy bien, así debe ser, aunque sea verdad que otras realidades impiden. Nuestro tiempo está subsumido en una idea mezquina, que es la idea egoísta de atesorar bienes materiales. El hombre no se ha podido liberar del dinero, en cuanto objetos y dinero, suponen a su conciencia un motivo esencial de su vivir. Los procesos y dinámica del dinero y la dictadura del miedo a la tecnología de la destrucción han creado una profunda desconfianza en la capacidad de supervivencia de la especie.

CAPÍTULO VI

VUELTA A CASA

DIÁLOGO EN ESCUQUE

Los parajes de la infancia del poeta escuqueño fueron el más propicio espacio para que Jesús Enrique Guédez filmara el cortometraje *Saludos precioso pájaro*, estrenado en la II Bienal Nacional de Literatura Ramón Palomares. De esa travesía quedó esta conversación que tuvimos la suerte de tener con Ramón Palomares.

¿Qué es para usted la poesía?

—La poesía es un sentido del pensamiento, de la armonía del pensamiento y la idea grata, afectuosa, del sentimiento, de la afectividad, vida de la afectividad. Y creo, cada quien vive en su pensamiento. Y ahí está todo. En mi pensamiento cabe lo que se ha dado en llamar poesía, y de alguna manera es el alimento cordial, la dulzura, un orden que la inteligencia sensibilizada propone a la persona para que habite allí su pensamiento; con amistad, con amor, con fuerza creativa. Y la persona vive la poesía en su casa, que es su pensamiento. La poesía es un orden con sentido de la belleza y el equilibrio en la relación con el mundo.

El primer momento de encuentro con la palabra, con ese lenguaje campesino que oyó en su casa, ¿lo puso en camino hacia la poesía?

–Sí, una entrada, una puerta a la sensibilidad: el habla de mis vecinos, el habla de mis familiares; habla dulce, fluida. Y esa habla dulce y fluida me daría entrada a una relación más amorosa con el idioma y así fue una puerta para entrar en la consideración de la poesía como lenguaje.

– **René Char dijo en una ocasión que él no volvía a los lugares donde había sido feliz. ¿No tiene temor a volver a los lugares donde fue feliz? Nos hemos dado cuenta de que cuando ve un árbol, ve unas hojas, la caída del agua, son para usted recuerdos gratos .**

–Bueno, son recuerdos, como tú lo dices, pero también reencuentros. El reencuentro con el pájaro, con la densidad de la montaña, o el reencuentro con un camino siempre es nuevo y siempre podría darte una vivencia diferente, aun cuando en la intensidad de un recuerdo persiste una ausencia, prefiero pensar en que sea un nuevo encuentro. Volveré al mismo sitio, pero siempre será un nuevo sitio. No tengo que pensar que ya lo hice, si olvido que ya lo hice, mucho mejor.

Hay un tema en su poesía que es la familia, es un poeta integral al ámbito familiar y a la amistad, muy cálido. No son retratos de personas extrañas, sino gente que usted tiene alrededor; pienso que son su abrigo y que así da calor al poema.

–Uno de mis últimos textos toca a la idea del “regreso a casa”, – *Vuelta a casa*– busca en el deseo de reconocerse en el recuerdo, en las vivencias iniciales, en los objetos, en las pequeñas y más delicadas experiencias de lo que uno vivió en el comienzo de su sensibilidad. La casa que nos ofrece un pequeño sendero, y nos ofrece, lejos, el humo que sale de un techo y las personas

que esperan allí; las mujeres que esperan allí y que nos dieron aquel calor de infancia y ternura. La mujer, las mujeres, la madre, las tías, lo que se juntaba allí de maternal, en esa idea he querido recrearme, abrigarme de nuevo. Zona privilegiada. De manera que está ese texto que se llama *Vuelta a casa*; aunque de manera incompleta, allí se aspira a ese regreso.

La casa, las casas, son, con mucho, esas mujeres: nuestra madre, nuestras tías ¡cuánto de sus vidas en aquellas cocinas, cuánto en aquellos corredores! salían escasamente y recostaban todo su tiempo, su existencia en el cuidado de un niño que veían crecer; en la contemplación del hombre como el fruto de lo que ellas hicieron. Es a ese regreso al que me refiero. Regreso hasta un pequeño patio, algunas flores, aves de corral, pájaros, en fin...

VUELTA A CASA

Aceptemos que todo sea entramados
y no el camino vuelto un cauce viejo,
o sendas polvorientas donde canta la arena...
hablo de otras veredas seda y aire
que han tendido la araña y las abejas
y que conducen por un patio pequeño
al otro lado de la huerta,
por donde vamos de regreso a la <<casa>>
pidiéndola, añorándola para con gajos de algún fruto muy denso
arrancarnos la sed que ha venido mordiéndonos
a cada paso, en cada asecho,
sin que el orden enjuto y los ojos agudos
sequen la risa y el ensueño

levantados de ese humo, de esas tejas sin tiempo
que unas mujeres ya sin rostro, curtieron
en flor de cal terrosa,
con amor sin fatiga y fe dulcísima.

Dios las tenga en su Gloria.

(del libro *Vuelta a casa*)

El reino hizo mundo a través de un cristal coloreado, con un espejo del lenguaje clásico. Después rompe el cristal y el espejo y ve su mundo, las imágenes se hacen directas en su poesía. No va de su lenguaje sino que suma su voz dialogando con las personas, campesinos, aldeanos. Va a la conversación con ellos. ¿Qué significa ese tránsito del lenguaje clásico que lo llevó a limpiar ese cristal, a romper ese espejo? ¿Dónde nace la poesía de ellos? ¿Qué ha sido ese tránsito en su poesía?

—*El reino* es un deslumbramiento; un libro que responde a toda esa carga emocional de la adolescencia y la primera juventud; irrumpe, aunque de manera ordenada porque, efectivamente, como dices tú, tiene algún fundamento de cultura clásica. Pero, ese elemento de cultura clásica se ve arrastrado por el torrente que implica el desahogo afectivo de la adolescencia y la juventud. Son mis primeros poemas y hay un deslumbramiento en el encuentro de las cosas y en su interrelación con el lenguaje. Me gustan mucho los textos de *El reino* y echo de menos otros de esa época, que se extraviaron, donde está presente ese deslumbramiento y el encuentro con el paisaje.

A diferencia, en *Paisano* hay el trabajo de un poeta, que privilegia una conciencia de su quehacer, sus búsquedas, y donde el universo subconsciente emerge para identificarse con ese mundo

que lo rodea, para explorarlo y asumirlo con mayor fidelidad. Y es allí donde existe una clarísima diferencia, precisamente, en la atención a un entorno específico.

Paisano no podía repetir lo anterior, porque habría resultado artificioso. De manera que en esa exploración que supone el paso de la escritura de *El Reino* a *Paisano*, hay todo un cambio, hay el cambio de perspectivas, hay una definida aproximación al pueblo, a su lenguaje; el mundo aldeano, que es mi mundo. Hay realmente la intención de fundirse en la gente, de ser la gente. No es el discurso poético que privaba en los textos anteriores, con su sentido de la individualidad poética, sino que se abre a otra perspectiva, en una especie de disolución en el entorno, en su leyenda, en su habla, en la configuración que la gente pudiera tener de su mundo.

Asumir espacios que se han habitado con la más íntima propiedad. Y de aquí apartarse de perspectivas ajenas en el encuentro con una tierra más primigenia, y, además, búsquedas de resonancia indígena, sus voces, sin que necesariamente dejen de ser, de hecho, idioma español, en propiedad, con amor y reconocimiento.

Hay una cosa muy importante en su vida, la continuidad hacia el pueblo en general, el que saluda, el amigo. Esto se entronca con una visión social, usted siempre ha tenido la visión de ver el país. ¿Cómo siente e imagina el país hoy?

—Es mi sentido de clase: de dónde soy, de dónde provengo, desde muy joven estuvo claramente planteado para mí. El haber nacido en un barrio pobre y haberme levantado en mis primeros años en una gran pobreza. No es que eso me marcara para tener una militancia política, una determinada ideología.

Sencillamente, soy consecuente con ese sector de la sociedad, soy consecuente con la gente pobre, con la gente de bajos ingresos, porque yo soy de ellos, yo provengo de allí. El modo en que puedo ofrecer mi apoyo a las luchas populares de hoy, en cuanto a un trabajo político se me aparece distante por razones de salud; en mi poesía trato de explorar el lenguaje popular, sus corrientes profundas así como asuntos de su quehacer y que pudieran ser continuidad de mi trabajo.

De manera que he tratado de ser constante, consecuente, en esa dirección hacia mis fuentes y el mundo de la poesía. Miro al país con optimismo, el país se está transformando, está entrando en la plenitud del siglo xx. Estamos en el siglo xxi pero no habíamos entrado con plenitud en el siglo xx. Su atraso ha sido más que manifiesto. Efectivamente, habrá quien piense esto que digo ahora como algo extraño, pero no es cosa de calendarios, sino aristas de una gran crisis. En este momento, en el proceso revolucionario hay una integración dentro y fuera que indica que el país está viviendo la plenitud del tiempo que guarda su vida. Se están creando los fundamentos, las estructuras de un pueblo más culto y civilizado. No lo tenemos en este momento, pero se está edificando en el proceso. Mirar atrás no tiene sentido.

¿Está vivo en su poesía “ese seguir siendo lo que se soñó” y todo ese espíritu de rebeldía de que hablaban ustedes en el hermoso movimiento literario de Sardio y El techo de la ballena?

—Mira, yo le decía a Jesús Enrique Guédez, (ausencia que mucho lamentamos). Encontrarse con un recuerdo no es volver a vivir en él, sino que significa un reencuentro, una experiencia nueva. Ahora bien, al reencontrarme con la idea de Sardio y de la gente

con quien compartí en esos días, los años 50, siento que debo manifestar mi profundo agradecimiento por la alegría que les debo. Mucho de cuanto haya podido ofrecer, en alguna forma, tiene que ver con esas amistades, esas relaciones que, especialmente en Sardio luego en el Techo de la Ballena, realicé con todo afecto. Pero Sardio fue quien fortaleció y logró establecer en varios de nosotros una idea más militante de la Literatura, una idea más militante de la intelectualidad, fue allí donde uno se integró con mayor plenitud a la poesía, fue una verdadera gran escuela. En esto manifiesto mi reconocimiento a Adriano González León, Luis García Morales, Salvador Garmendia, Elisa Lerner, Carlos Contra maestre, Gonzalo Castellanos, Francisco Pérez Perdomo, Edmundo Aray, Guillermo Sucre, entre otros y a todos los compañeros con quienes compartía y que hicimos una relación de juventud vigorosa y bella.

CAPÍTULO VII

RECONOCIMIENTO A LA OBRA

La obra del poeta Ramón Palomares, una de las voces más auténticas de la poesía hispanoamericana, ha tenido el reconocimiento nacional e internacional de la crítica especializada y del país lector. Se ha hecho acreedor de importantes premios, y parte de sus textos han sido traducidos al inglés y al italiano.

En 1965 recibe el Premio Municipal de Poesía del Concejo municipal de Caracas, por su libro *Paisano* (1964), según veredicto emitido por el jurado integrado por José Sánchez Negrón, Juan Beroes y Juan Manuel González.

A propósito de la conmemoración, en Caracas, de la muerte del Libertador Simón Bolívar escribe ese mismo año el poema *Honras fúnebres*, y, en 1967, con motivo del cuatricentenario de la fundación de la ciudad de Caracas publica, igualmente, un libro de orden histórico, *Santiago de León de Caracas*, con un acento que evidencia su originalidad como creador.

A partir de 1970 Ramón Palomares habita en la ciudad de Mérida donde se desempeñó, hasta su jubilación en 1992, como profesor titular de Literatura venezolana e hispanoamericana en la Universidad de Los Andes, institución en la cual fundó la Cátedra de Literatura Venezolana Contemporánea de la Escuela de Letras.

En 1974 se le confiere, por unanimidad del jurado, el Premio Nacional de Literatura mención poesía con el libro *Adiós Escuque*, que en opinión del poeta Luis Alberto Crespo "... es la culminación y el reinicio, pues una hojeada a la obra de Palomares nos permite constatar la ajustada coherencia de una voz que solo ha cambiado de acento para fundar, una y otra vez, la poética del encantamiento".(6)

Fabulando en la intimidad de los bosques merideños transcurre parte de su vida cotidiana. Dos libros: *Mérida, fábula de cuatro ríos* (1994) compendio de la crónica de los viajeros antiguos, y, *Mérida, elogio de sus ríos* (1985) canto a la espléndida ternura de las aguas de la cordillera andina y a su discurrir engendrador de vida, dan razón de su amorosa entrega a la ciudad. Igualmente, en 1988 publica *Alegres Provincias* en el cual recrea el *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*, del sabio alemán Alejandro De Humboldt.

Como un consejero amigo que sin condescendencias revisa con fervor los textos de los que ahora se inician. Bohemio, observador, lector infatigable, amigo fiel del hombre, solidario incansable de las causas de los países latinoamericanos y, por encima de todo, poeta extraordinario, lo describe José Barroeta en el libro *El padre, imagen y retorno*. (7)

En 1991 la Agencia Española de Cooperación Internacional publica su obra *Trilogía*, antología prologada por el poeta Carlos Contra maestre, y Palomares es invitado a España para recibir la obra. En ese país ofrece un recital en el Instituto de Cultura Iberoamericana, y luego viaja a Salamanca para participar en el V Foro Cultural Iberoamericano, organizado por la Universidad de Salamanca. Ese mismo año se realiza en Mérida la Primera Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas” en su homenaje.

En 1993 es nombrado Individuo de Número de la Academia de Mérida y condecorado con la Orden Francisco de Miranda en su Primera Clase.

En 2001 la Universidad de Los Andes le confiere el Doctorado Honoris Causa junto a los poetas Rafael Cadenas y Juan Sánchez Peláez.

El Gobierno Bolivariano de Trujillo instituye en el 2003 la Bienal Nacional de Literatura Ramón Palomares, y el Fondo Editorial Arturo Cardozo, de la Coordinación Trujillana de Cultura, publica *Antología mínima*. La III Edición del concurso se realiza del 31 de octubre al 3 de noviembre de 2007 en los 20 municipios del estado, organizado por la Gobernación Bolivariana de Trujillo y el Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

En el 2004 asiste al VII Encuentro de Poetas Hispanoamericanos, realizado en Salamanca, España, realizado en su homenaje y del poeta español Francisco Brines. Ese mismo año es publicado en España su libro *El canto del pájaro en la piedra*.

En el 2006 se hace acreedor del Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, en su I Edición, instituido por el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela a través del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. En el concurso participaron 211 obras de 23 países. El veredicto, un fallo unánime del Jurado integrado por los poetas: Hernán Bello de España, Nicolás Suescum de Colombia, Norberto Codina de Cuba y de Venezuela Gustavo Pereira y Gabriel Jiménez Emán, fue anunciado en la ciudad de Valera.

El Ministerio del Poder Popular para la Cultura le rinde homenaje en la II Edición del Festival Internacional de Poesía realizado en el 2006, con sede central en Caracas y subse-des en los 20 estados del país.

Desde hace décadas Ramón Palomares recorre el país dando recitales y conferencias, a las que asisten con fervor desde jóvenes estudiantes de bachillerato hasta curtidos investigadores habitados por el asombro que genera su obra encantatoria.

CAPÍTULO VIII

IR CON LA POESÍA ES IR CON DIOS

Todos los afectos, las entrañables pérdidas, las caídas y nuevos nacimientos en amorosa entrega dan razón del pueblo que lo habita. Como para recordarnos con Ángel Eduardo Acevedo que “Todo significa que nuestro tesoro, el único verídico tesoro, el que magnetiza nuestro gran viaje, se esconde en la casa que somos nosotros mismos y seguramente al rescoldo de su ángulo más cálido, nuestro corazón”⁽⁸⁾

PAJARITO QUE VENÍS TAN CANSADO

Pajarito que venís tan cansado
y que te arrecostás en la piedra a beber
Decíme. ¿No sos Polimnia?
Toda la tarde estuvo mirándome desde No sé dónde
Toda la tarde
Y ahora que te veo caigo en cuenta
Venís a consolarme
Vos que siempre estuviste para consolar
Te figurás ahora un pájaro

Ah pájaro esponjadito

Mansamente en la piedra y por la yerbita te acercás

–“ Yo soy Polimnia”

Y con razón que una luz de resucitados ha caído aquí mismo

Polimnia riéndote

Polimnia echándome la bendición

–Corazón purísimo.

Pajarito que llegas del cielo

Figuración de un alma

Ya quisiera yo meterte aquí en el pecho

darte de comer

Meterte aquí en el pecho

Y que te quedaras allí

lo más del corazón.

(del libro *Adiós a Escuque*)

El diálogo con Ramón Palomares nunca concluye. Cada vez que abrimos un libro suyo el mundo se acrecienta. Las más profundas y a la vez sencillas aspiraciones del alma humana están en sus poemas. Su obra fundadora tutela el rumbo de quienes le preceden y asumieron la poesía como instrumento para edificar su verdad sobre la tierra donde nacieron.

Así lo sentimos en cada encuentro con el poeta, como el más reciente que tuvimos en su casa de Escuque, mientras sus hijos menores, Gonzalo y Leticia, leían y conversaban en un habla dulce y fluida.

–Mañana –dice el poeta– espera, en el ascenso y la ondulación que desciende; y así va uno andando y aunque a distancia de la buscada felicidad, allá camina – o corre, o vuelo – alegre, o triste, o preocupado, pero siempre con el ardor y el celo de aquella zona que se ha pretendido alcanzar y habita en uno y lo llena de

nobleza y orgullo: La poesía. Ir con ella es siempre ir con Dios, con el amor –hermana, amante, esposa, amiga– y con el hijo a quien damos la mano para seguir y seguir siempre.

CRONOLOGÍA DE LA OBRA

- 1958 *El reino*, Sardo
- 1964 *Paisano*. Boconó. Ateneo de Boconó.
El Ahogado, poema con foto montaje del artista plástico Mateo Manaure. Caracas, Editorial Arte.
- 1965 *Honras fúnebres*. Caracas. Ediciones Poesía de Venezuela.
- 1967 *Santiago de León de Caracas*. Caracas. Comisión del Cuatricentenario de Caracas.
- 1969 *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas*. Ediciones Ateneo de Boconó.
- 1973 Sus poemas *El reino*, *Paisano* y *Honras fúnebres*, son publicados con el título *Poesía 1958–1965*, por el Departamento de Cultura y Publicaciones del Instituto Pedagógico de Caracas.

- 1974 *Adiós Escuque*. Mérida. Dirección de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
- 1977 *Poesía*, Antología publicada por Monte Ávila Editores con la obra del poeta Palomares hasta entonces (*El reino, Honras fúnebres, Paisano, Santiago de León de Caracas, Adiós Escuque* y cuatro poemas inéditos).
- 1980 *Elegía 1830*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes/Concejo Municipal del Distrito Libertador.
- 1984 *El viento y La piedra*, plaquette con grabados del artista plástico Omar Granados, Grupo de Empresas Crespán.
- 1985 *Mérida, elogio de sus ríos*. Diseño y montaje de Omar Granados. Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Libertador y la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes.
Monte Ávila Editores publica la II Edición de la Antología *Poesía*.
- 1988 *Alegres Provincias*, Fundarte.
- 1989 En el número 75/76 de la revista valenciana *Poesía* se le rinde un homenaje a Ramón Palomares. En la misma publica el ensayo poético *El Arquetipo*.
- 1990 *Trilogía*. Antología, prólogo y recopilación de Carlos Contraamaestre (reune tres libros: *El reino, Paisano y Adiós a Escuque*). Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.

- 1993 Aparece en la Antología de la Poesía Hispanoamericana Moderna coordinada por Ramos Sucre. Editorial Monte Ávila Editores.
- 1994 *Mérida Fábula de cuatro ríos*, Edición de Fundacite Mérida.
- 1997 *Lobos y Halcones*. Antología realizada por Luis Alberto Crespo y Enrique Hernández D'Jesús. Edición Fundación esta tierra de gracia, en la Colección de Poesía Rasgos Comunes.
- 2003 *Antología mínima*, publicada por el Fondo Editorial "Arturo Cardozo" de la Gobernación Bolivariana de Trujillo, Coordinación Trujillana de Cultura.
- 2004 *Vuelta a casa*. Poesía inédita. Ediciones Actual. Colección de Poesía. Universidad de Los Andes, Dirección de Cultura y extensión.
La Biblioteca Básica de Autores Venezolanos de Monte Ávila Editores publica *Ramón Palomares. Antología Poética*, prólogo de Luis Alberto Crespo y cronología de Enrique Hernández D'Jesús. Caracas.
- 2006 *Vuelta a casa*. Antología. prólogo, cronología y bibliografía Patricia Guzmán. Biblioteca Ayacucho. Colección Clásica de Monte Ávila Editores. Caracas.

ANEXOS

RAMÓN PALOMARES, ANTES DE *EL REINO* PREHISTORIA FRATERNAL ⁽⁹⁾

El 17 de marzo de 1960, un compañero de los días de estudiante en el Instituto Pedagógico de Caracas, tuvo la ocurrencia de invitarme a inaugurar la Semana del Libro en el Liceo Rafael María Baralt de Maracaibo, donde él era entonces coordinador de Actividades Culturales. Pese a que era y sigo siendo muy montuno, dicté mi primera conferencia: “Constantes y variantes en la poesía de Andrés Eloy Blanco”. Ese compañero la entregó para publicar en la *Revista de la Universidad del Zulia*, cuyo director de Cultura, José Antonio Borjas Sánchez, me formuló una segunda invitación para dos meses más tarde: hablar en el homenaje que con motivo del quinto aniversario de su muerte, rendiría la Universidad a Andrés Eloy. En la segunda ocasión titulé las páginas *Una hora de recuerdo para Andrés Eloy Blanco*.

El viejo compañero del Pedagógico conocía cierto trabajo mío en originales. En generosa conspiración, Borjas Sánchez y

mi condiscípulo, Tito Balza Santaella, son culpables de ese primer libro editado en Maracaibo, por la Universidad. (10)

Cumplo ahora otra deuda de afectos y amistad. Respondo al llamado de mi entrañable compañero José Antonio Castro, a participar en este homenaje organizado en Maracaibo para uno de nuestros más queridos y extraordinarios poetas contemporáneos: Ramón Palomares.

No soy inclinado a la crítica de poesía por razones personales. Pero he seguido con interés y respeto cuanto se ha escrito y dicho sobre este hermano mío de los montes trujillanos.

El muchacho también montuno, a quien conocí cuando firmaba Ramón Sánchez Palomares, llegó un buen día cargado de asombros frente a la ciudad de apenas medio millón de habitantes. Venía con la intención de madurar escritor. Traía un recorte de prensa provinciana arrugado de manipularlo, con un cuento suyo que, si mi memoria no falla, se titulaba *Maritza*.

Ramón ingresó al Pedagógico un año después de mi incorporación en aquel instituto cuya población estudiantil, de entonces, no rebasaba los trescientos estudiantes. Tal vez por eso mismo, en el viejo edificio, resonaban más fuertes los versos latinos de Virgilio que Luis Beltrán Guerrero escandía, estruendoso, cuando entraba a las siete de la mañana, para iniciar su clase de Latín, mientras don Edoardo Crema, jardinero furtivo, robaba los botones de rosa para obsequiarlos a algunas de las muchachas que compartían

aulas y poemas con nosotros: Olga Da Silva, Elena Vera, en especial.

Don Edoardo nos enseñó la pasión por la lectura directa de los clásicos griegos aunque fuese en traducciones. Nos despertaba dimensiones insólitas de intertextualidades que entonces no se llamaban así; por ejemplo, aquel ensayo increíble sobre *La sintaxis en Píndaro y Neruda*. Ramón se fascinaba con la solemnidad de las olímpicas del griego, a quien leía con más pasión que al viejo Anacreonte, pero con la misma avidez que a San Juan de La Cruz y, especialmente, a Jorge Manrique.

En la promoción de la cual formé parte figuraron Manuel Bermúdez, Miguel Ángel Correa, Oscar Pirrongelli, Daniel Gómez Ferreiro, Olga Da Silva, Maximiliano Guevara, Luisa Elena Valencia, Anita Alarcón, Juanita Vivas, Emma Sánchez, Victoria Quijada, Zaida Carvallo. En el grupo de Palomares cursaban Elena Vera, José Joaquín Burgos, Tito Balza Santaella, Felipe Villegas, Rubén Darío González, Salvador Ramírez Campos, Alba Vivas, Laura Pérez –la novia de Francisco Prada– quien nos llevaba propaganda clandestina contra la dictadura de Pérez Jiménez, que nosotros repartíamos sin mayor riesgo, gracias a la complicidad de un cura nacionalista, bohemio y amigo de los estudiantes: Manuel Montaner. En la Biblioteca del Departamento de Pedagogía, Felipe Bezara, Tito Balza y quien ahora recuerda, publicamos una revista de nombre espantoso: *Didascalía*, tal vez el más infeliz de los bautizos oficializados por el cura que le impuso el nombre.

Todos formábamos un solo conjunto donde se hacían bromas, poemas de amor, lecturas en alta voz, de poética y política: Marx y Neruda, Fray Luis y Lenín, Miguel Hernández y Stalin a quien se le criticaba agriamente post mortem. Elena Vera declaraba *Unos niños* de Aquiles Nazca, Miguel Correa hacía llorar a las muchachas cuando recitaba con una voz fluvial de Orinoco adentro la *Balada de Hans y Jenny* del mismo Nazca. Ramón Palomares prefería los clásicos griegos y españoles. Recordaba de memoria los versos de Garcilazo y de Fray Luis de León, el *Cántico espiritual* de San Juan de La Cruz, pero sobre todo se conmovía con aquellos terribles interrogantes del *ubi sunt* latino, presentes en las coplas de Jorge Manrique.

¿Qué le hizo el rey a don Juan?

Los infantes de Aragón

¿Qué se hicieron?

O aquella otra pregunta sobre

¿Qué se hizo aquel trovar,

las músicas acordadas

que tañía?...

En Palomares, Manrique despertó la vocación de poeta como pasión de vida. No es azar simplemente que en *El reino* haya resonancias de los viejos versos leídos en voz alta por los corredores o en la placita que hacía entorno a La India de El Paraíso antes de que la mudaran a la entrada de La Vega. Como en el diálogo eterno de Mallarmé y

el libro blanco de todos los lenguajes, Ramón habría de escribir el mismo diálogo intertextual de los interrogantes a propósito de los perdidos objetos en el poema de “La casa”; del que citamos un extracto:

¿Qué fue de aquellos ojos, aquella mano
velada tras la celosía, encubierta por amor
al extraño, echada después al olvido?
¿Qué fue de aquel jarrón de regalo,
transportado desde tierras de otra maravilla,
cubierto por temor a su pérdida?
¿Qué fue de los domésticos?
¿Y el calor de los fogones, las llamaradas
cuyo gasto hizo algún claro del monte?
¿Qué del azar allí corrido,
jugado allí por fuertes y hambrientos?
¿Qué de los esplendores,
de los asesinatos de la pasión, del roce del odio?

Entre los alumnos de otras especialidades también tuvimos gente muy ligada al mundo literario: Guillermo Herrera, hijo de Felipe Herrera Vial, nos traía desde Valencia los Cuadernos Cabriales. En ellos fue publicado el primer poemario de Elena Vera, una *plaque* titulada *El hermano hombre*. Y José Joaquín Burgos estrenó también allí su primer libro. Ramón, más tímido, aguardaba. Hasta un día que llegó trémulo a confesarnos que había leído un poema suyo a Vicente Gerbasí y que este se había emocionado mucho. Comenzaba así: “Saludos, preciso pájaro...” esos versos aún deben resonar con celebración colectiva en la memoria de todos los compañeros que nos sentimos partícipes de aquel

triumfo silencioso. Desde entonces Palomares fue incrementando un discipulado afectivo y poético junto a Gerbasi y Juan Sánchez Peláez. Nosotros descubrimos y leímos con avidez los pequeños fascículos de la revista *Poesía venezolana* editada por Gerbasi. Allí aparecieron las *Liras* y *Mi padre el inmigrante*, a más de otros textos de poetas venezolanos.

Palomares y Gerbasi llegaban casi todas las tardes, ya caídas las seis, hasta cierta cervecería muy próxima a la librería Pensamiento Vivo. Funcionaba en los sótanos de la Torre Norte del Centro Simón Bolívar. Esa librería, como también Cruz del Sur, y especialmente la librería Ulises del Centro Comercial del Este en Sabana Grande, fueron los centros donde nos proveíamos de lecturas literarias. Entonces los libros no solo eran accesibles en precio, sino que además proliferaban hermosas ediciones de poesía. Hubo por ejemplo, una editorial argentina que publicaba unos llamativos tomitos en cartón gris rígido manchado con gotas de tinta verde, roja, violeta. Allí la antología de poesía precolombina preparada por Miguel Ángel Asturias; la de *Poesía surrealista*, compilada y prologada por Aldo Pellegrini, coordinador de aquella colección. Allí *Una temporada en el infierno* de Rimbaud, traducida y prologada por Oliverio Girando y Enrique Molina; *Palabras* de Jacques Prevert, en versión de Juan José Ceselli; las traducciones de Lisandro Galtier a una antología de *Poemas* de Henry Michaux y la *Crónica* de Saint John Perse. Una *Antología* del mismo Perse vertida al español por el inigualable Jorge Zalamea, donde las "Imágenes de Crusoe" nos recrudescían vivencias de la infancia provinciana. Las primeras noticias de los poemas de Fernando Pessoa volcados al español por Rodolfo Alonso; una

curiosa muestra de *Poesía china* retraducida del francés por Rafael Alberti y María Teresa León. Otra editorial más austera en la presentación de sus volúmenes –Assandri– nos dejó conocer los *Sonetos a Orfeo* y las *Elegías de Duino*, de Rilke; los *Himnos de Novalis*; los poemas de Stephan George y William Blake. Creo que en esos nombres junto a los de Ramos Sucre, editado en la Biblioteca Popular Venezolana del Ministerio de Educación, Gerbasi y Sánchez Peláez, estuvieron las referencias de lecturas comunes para los poetas de Sardo. Los influjos de ellos en la iniciación de Rafael Cadenas, Pérez Perdomo y Palomares es palpable. Ramón ensayó cadáveres exquisitos al modo de Bretón en reuniones colectivas de poetas en la librería Ulises. El alejamiento y la diferencia de Ramón estuvo en la identificación mayor, en primer término con los clásicos españoles; luego con la lírica precolombina especialmente náhuatl y con el *Popol Vuh*. La lectura crítica de trasfondo mítico simbólico en la poesía de Palomares ha recalcado las supervivencias dentro de la oralidad andina de la mitología Timotocuica. Esa tradición, sin embargo, no es de tanta riqueza como hemos tratado de magnificar. La visión cosmogónica de las grades tinieblas sin movimiento, están más referidas, al menos en otra lectura, al génesis del mundo americano del *Popol Vuh* y, en cierto momento, quizás a los procesos mítico-teogónicos de los hermanos Hunahpú e Ixbalanqué.

La elegancia solemne de los versos que alargan la cadencia en los poemas de *El reino*, tienen remotos ecos de Perse, unidos a esa reverencia por el ser humano que el hombre andino de los altos trujillanos conserva como un Carreño de urbanidad interior irrenunciable. Está presente en la

dedicatoria a esos seres mágicos que se llaman, por ejemplo, "*doña Palomina Sánchez de Olmos*", o "*don Ramón Sánchez Vivas, mi padre*" y otros. La solemnidad se torna dedicatoria llana solo en casos de amor: Carmen Beatriz Berti, en Boconó, o los compañeros de letras: Edmundo Aray, Sánchez Peláez, etc.

Al regresar del Pedagógico, Palomares volvió a Los Andes. Trabajó en el Liceo Dalla Costa de Boconó. Allí nos volvimos a ver ocasionalmente. Tengo testimonios de exalumnos suyos sobre la excelente labor de estímulo creador entre los jóvenes. Ramón fue pionero en experiencias de talleres de poesía en aquel remoto pueblo andino. De ellos por lo menos emergieron y maduraron vocaciones de quienes ya tenían una inclinación hacia el poema: Nora Barazarte, Fanny Uzcátegui, pero especialmente otro nombre, zuliano de origen, inserto por siempre entre los páramos: Gilberto Ríos. De la experiencia boconesa queda fijada en el texto la serie de versos delicadísimos que Ramón Palomares tituló *El vintecito suave del amanecer con los primeros aromas*. Pero ya este formaba parte de la historia de un poeta que ha ido creciendo en la obra y el afecto de sus lectores. Y la prehistoria termina aquí con un saludo al hermano a quien se rinde homenaje.

UNA EXPERIENCIA DE POESÍA EN EL LICEO JUAN BAUTISTA DALLA-COSTA DE BOCONÓ

RAMÓN PALOMARES

Hace algunos meses, cuando en la Escuela de Letras de la Universidad Central me invitaron a opinar acerca del funcionamiento de dicha Escuela, manifesté que me parecía imprescindible el trabajo de creación literaria, de interpretación crítica y de estudio profesional de las letras; esto porque entiendo que tal estudio, como todos, debe implicar una militancia, un sentido vivo y dinámico de los contenidos programáticos en donde igualmente es preciso mantener una constante y noblemente interesada práctica, en cuanto al oficio del lenguaje se refiere; en fin, que un estudiante de Letras, si bien no se encuentra en un estricto compromiso con el trabajo de escritor, por lo menos debería tener un amplio conocimiento de él, sin que ello deba suponer formarse como un creador literario en su más cabal sentido. Para mí el estudio del lenguaje no puede ser otra cosa que una práctica, ya sea de la conversación, la escritura, la interpretación crítica, la creación para un medio oral o gráfico; por supuesto, entendiendo tal práctica como una apasionada militancia.

Viene lo anterior como introducción en cuanto a una experiencia literaria de hace aproximadamente nueve años (10) y en la cual se trataba de conjugar la pedagogía y la literatura en un trabajo de aula, no ya en un centro de Educación Superior como anotaba antes, sino en el más modesto ambiente de la Educación Secundaria, concretamente

en un segundo año de bachillerato. El trabajo en cuestión tenía como tema general el estudio de la metáfora. En aquel entonces me interesaba muy particularmente la expresión del pensamiento en el niño y el adolescente y me propuse tratar el tema como desarrollo de un trabajo que resultara enmarcado dentro del quehacer cotidiano del estudiante y, a la vez, estrechamente relacionado con su personalidad como individualidad creadora. Ciertamente resulta demasiado incongruente la situación de un muchacho de catorce años dado al trabajo de analizar las metáforas de un determinado poema para después llegar a la conclusión –ya establecida por el profesor en su guía o manual–: la metáfora consiste en un cambio...etc, etc.

Lo primero que determinamos fue una lectura de diversos poemas, sin que mediara alguna selección previa ni requisito alguno; en pocas clases nos familiarizamos con aquellos poemas –muchos de los cuales procedían de los libros de la Biblioteca Escolar, otros del Ateneo y aún los míos y algunos que ellos pudieron tener en sus casas–; poco después realizamos una selección y se dijo a los alumnos que trataran de exponer con sus propias palabras qué refería el poema leído por él (el que más lo hubiera impresionado) y por el mismo estilo: ¿cuáles eran sus momentos más importantes, sus expresiones más intensas, etc... Una vez que lo expresaron oralmente se pasó a una relación escrita del mismo asunto con la advertencia de una mayor amplitud y cuidado en las expresiones a través de las cuales debería hacerse notar el sentimiento del poeta y la impresión que le causaba; está claro que este trabajo suponía ya un resultado bastante positivo en cuanto representaba

un contenido referido a lo individual en la sensibilidad de cada alumno y a la vez constituía un ejercicio de análisis y crítica literarias propiamente dichos.

Una vez expresada la crítica general a los trabajos realizados y seleccionados aquellos que manifestaban con mayor claridad y rasgos más interesantes el asunto, propusimos una nueva experiencia que precisaba y definía aún con mayor nitidez el sentido de observación y receptividad del alumno frente al poema. Recuerdo haber asignado el trabajo en torno al poema “Barcarola” de Pablo Neruda, –poema que, como la generalidad de *Residencia en la tierra*, se consideraba muchas veces difícil, hermético– al proponerlo partía del criterio de que ningún poema –aparte de sus elementos de erudición– requiere una especial sabiduría del lector y que así mismo una imaginación pura siempre será capaz de captarlo en sus elementos más importantes. Al leer cada uno su trabajo de apreciación se puso de manifiesto la captación de esa atmósfera gris y de pesada tristeza que caracteriza al poema, y la visión desolada del mar que terminaba con un rasgo de esperanza ligeramente velada. La expresión de los alumnos era especialmente directa y en ninguno de los trabajos hubo manifestaciones de inhibición frente a las expresiones del poema. La preparación de este trabajo incluyó el dictado del mismo, su vocabulario, lectura oral por parte de los alumnos y mi propia lectura en voz alta, con énfasis en ciertas expresiones que consideraba claves en el desarrollo del poema.

La culminación de esta experiencia lo constituyó un trabajo de creación dirigida; propuse que cada quien escribiera un poema; en uno de los cursos propuse como tema “El

amanecer”, por supuesto, preparé el terreno: por sobre todo una gran libertad en la expresión; también la observación directa; procesarlo de acuerdo a la personalidad de cada quien sin dejarse influenciar por otras lecturas; asimismo una conveniente ambientación, para esto último les señalé lo siguiente: si se trata del amanecer lo más indicado es vivir ese amanecer lo más plenamente. Levantarse temprano, advertir y anotar –si es posible– los fenómenos que más lo impresionan, dar a la imaginación las causas y las consecuencias de todo el suceso; cómo ocurre, a qué se les parece, qué emociones les produce, etc. Pueden nombrar las cosas por su nombre o por algo que las sustituya porque se les parece y se puede entender así; en fin la preparación estuvo dada por una relación más o menos semejante. Este trabajo fue realizado al otro día en el aula; de acuerdo a lo que habían observado y vivido del asunto propuesto. Sus resultados fueron excelentes; poco tiempo después se los envié a Guillermo Meneses, para entonces director del “Papel Literario” del diario *El Nacional*; su entusiasmo de creador y su generosidad determinaron la inclusión de una selección de dichos ejercicios en el mencionado “Papel Literario”, y a partir de allí, diversos comentarios, casi todos positivos, sin que faltara el escrito adverso y la parodia en alguna revista humorística; no está de más recordar también la hermosa carta de don Joaquín Gabaldón Márquez enviara a los alumnos del Liceo Dalla–Costa de Boconó, a propósito de la publicación de aquellos ejercicios poéticos. Ciertamente hicimos algo más que un estudio acerca de la metáfora; militamos un poco en el campo de la poesía; pienso que esto es mucho más interesante y sobre todo más real a la vida.

Estos trabajos constituyen un ejercicio de clase sobre la metáfora; fueron efectuados en el aula y luego pasados a máquina por los propios alumnos. La posibilidad de que copiaran de un libro esta eliminada, no solo porque no tenían libros, sino porque aquellos que en general estuvieron a su alcance, no creo tuvieran ese tono extraordinario, tan sorprendente y revelador, como lo es el de los poemas que ellos compusieron. Inicialmente les di un tema: “el amanecer”, y les dije qué situación habrían de tomar para escribir sobre él. Les señalé que deberían situarse frente a un amanecer real y fijarse en los distintos detalles que el fenómeno revestía, por ejemplo, la manera como se iba transformando el cielo. La forma como penetraba la luz por los follajes, la iluminación de las montañas, etc. El ejercicio duró alrededor de veinte minutos.

No hay duda de que estos trabajos seleccionados aquí y he escogido especialmente para ser publicados, sin modificar nada de los originales, constituyen una revelación: nuestra juventud está dotada maravillosamente y con un sentido de la belleza que sorprende, y levanta la fe en el futuro. A la vez estos trabajos, a mí, particularmente, me han entusiasmado como profesor de Castellano y Literatura, al comprobar que se pueden abrir rumbos de extraordinario poder creador en las mentes de las venideras generaciones en base a la belleza y a la poesía, y lejos de la amenaza y la opresión. Tal es el motivo –así como el de estimular a quienes hicieron esos poemas y el de mostrar al país el poder imaginativo de nuestros jóvenes–, que me ha llevado a publicar estos poemas, a los cuales, desde mi punto de vista poético, admiro; y de los cuales, cosa que no me pesa, tengo mucho que aprender.

LECTURA DEL VEREDICTO DEL PREMIO VÍCTOR VALERA MORA (*)

Nada más extraordinario para la poesía, y para los poetas, que cuando retorna a sus orígenes, es decir, nada tan magnífico como cuando la poesía recobra su condición de pueblo, y nada tan extraordinario como ver a todo este pueblo reunido para oír este veredicto que honra a uno de sus hijos: nuestro querido hermano Víctor Valera Mora.

La poesía anda por caminos misteriosos, los miembros del jurado no sabíamos, ni siquiera cuando estábamos reunidos en Caracas esta semana, que íbamos a anunciar el veredicto acá en Valera. Lo supimos apenas ayer. Se han conjugado una serie de factores misteriosísimos que la lectura del veredicto probablemente les aclare. Todo fue producto de los senderos fantasmagóricos que ocurren a veces, pero casi siempre resplandecientes de la poesía.

Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, I Edición, Venezuela, 2006. Fue una decisión muy compleja, incluso, enviaron sus libros algunos de los más grandes poetas de la lengua castellana. Como anfitriones tanto Gabriel Jiménez Emán como yo dejamos que fuesen nuestros invitados, los poetas extranjeros, quienes propusieran, quienes de alguna manera llevaran la voz cantante en las discusiones para otorgar el premio, cuyo veredicto leo a continuación:

Nosotros, miembros del jurado de la I Edición del Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, designado por el Ministerio de la Cultura de la República

Bolivariana de Venezuela, Norberto Codina, Hernán Bello, Nicolás Suescum, Gabriel Jiménez Emán y Gustavo Pereira, después de leer detenidamente las 211 obras escritas en lengua castellana, enviadas a este certamen por poetas de 23 países de cuatro continentes, nos hemos reunido en la ciudad de Caracas, los días 24, 25, 26 y 27 de abril de 2006, y luego de las deliberaciones correspondientes hemos decidido por unanimidad otorgar el Premio único al Libro *Antología poética*, cuyo autor es Ramón Palomares. Otorgamos esta obra poética en razón de la visión formal que representa, su gran originalidad, su tensión telúrica, su poder creador que se nutre del mundo de las tradiciones, del habla de los campesinos, de su soledad, su ética y su enraizamiento en la naturaleza. El jurado desea recalcar la extraordinaria calidad de las obras que fueron evaluadas en la fase final de las deliberaciones.

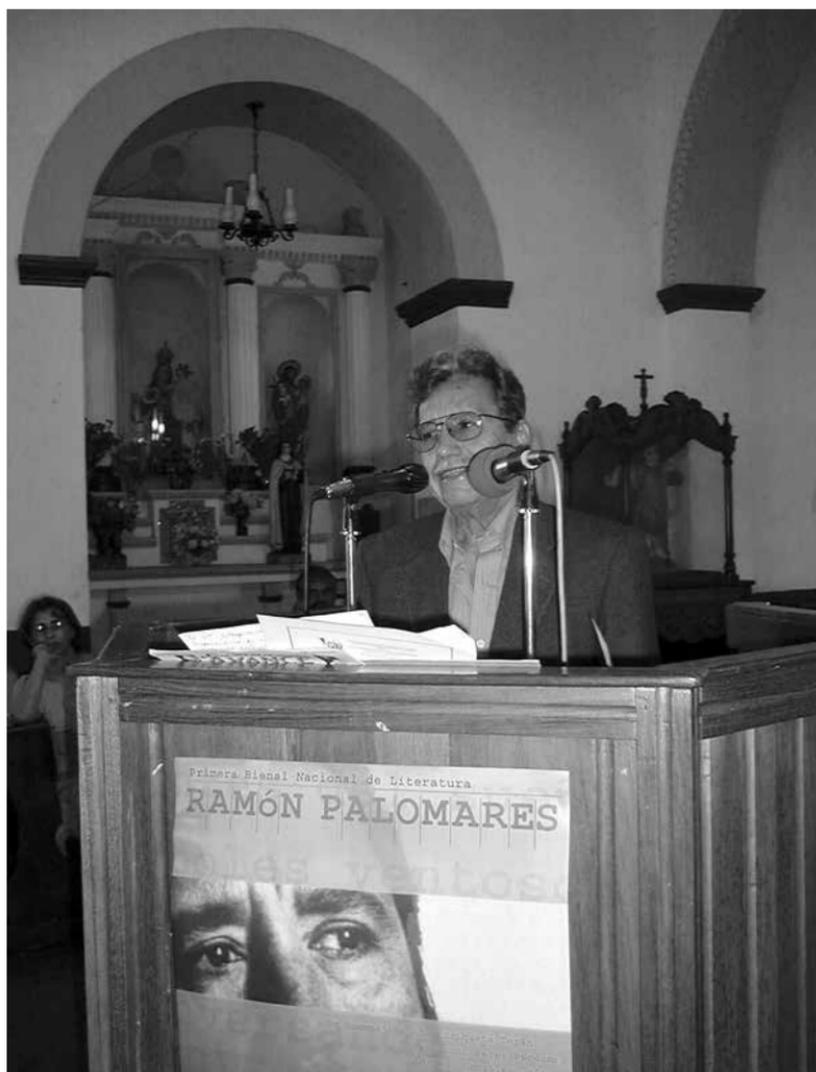
En Caracas a los 27 días del mes de abril de 2006

- (*) Veredicto anunciado por el poeta Gustavo Pereira, presidente del jurado del Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, en el Foro Bolivariano de Valera, ante la presencia del Ministro del Poder Popular para la Cultura, Francisco Sesto, el Gobernador Bolivariano del Estado Trujillo, Gilmer Vilorio, y gran número de cultores populares e integrantes de agrupaciones culturales regionales, asistentes al Encuentro Nacional por la Diversidad Cultural, Capítulo Trujillo.

NOTAS

- 1 César Vallejo: *Obra poética*. Caracas, Venezuela. Fundación Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 9.
- 2 Juan de Castellanos: *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Caracas, Venezuela. Estudio Preliminar: Isaac J. Pardo. Elegía III. Canto III. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Elegía II. Canto III.
- 3 Ramón Palomares: *Vuelta a casa*. Caracas, Venezuela. Fundación Biblioteca Ayacucho. Prólogo y cronología Patricia Guzmán, 2006, p. 9.
- 4 Ludovico Silva: *El reino de Ramón Palomares*. “La torre de los ángeles”. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores, 1991, p. 159
- 5 Ramón Palomares: *Trilogía*. Madrid, España. Prólogo y recopilación de Carlos Contra maestre. Ediciones de Cultura Hispánica, 1990, p 11.
- 6 Luis Alberto Crespo: “De El reino a Adiós Escuque: Ramón Palomares y la poesía del realismo mágico”. Caracas, Venezuela. *Revista Nacional de Cultura*, Nro 221, 1975, pp. 67–79
- 7 José Barroeta: *El padre: imagen y retorno*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores, 1992, p 110.

- 8 Ángel Eduardo Acevedo: *Papelera, tanteos estéticos sobre el vivir*. Villa de Cura, Venezuela. Editorial Miranda, 1991, p. 58.
- 9 Esta introducción apareció publicada en diciembre de 1970 en Educación, Caracas Nro 138–13. Antes había sido publicada en el “Papel Literario” del diario *El Nacional*.
- 10 Palabras para leer en el I Congreso Nacional de Poesía en Homenaje a Ramón Palomares. Maracaibo, 24 de noviembre de 1994. Fechado en Caracas, noviembre de 1994.



Ramón Palomares 2005



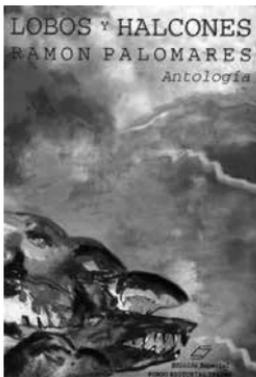
Ramón Palomares y Ana Enriqueta Terán



Ramón Palomares comparte con algunos niños en la Bienal



Pedro Ruiz, Miguel Márquez, Enrique Arenas, Gilmer Viloria, Ramón Palomares,
Ana Enriqueta Terán, Francisco Pérez Perdomo



Fondo Editorial IPASME
1997

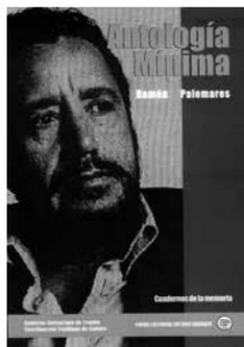


Ediciones ULA
1974

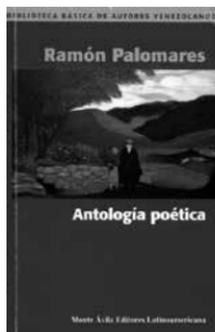


Ediciones Actual
2004

RAMÓN PALOMARES
Premio Nacional de Literatura 1974



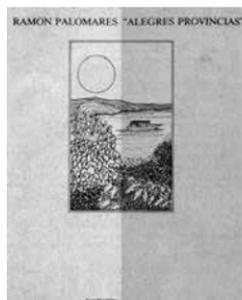
Coordinación Trujillana de Cultura
2003



Monte Ávila Editores
2004



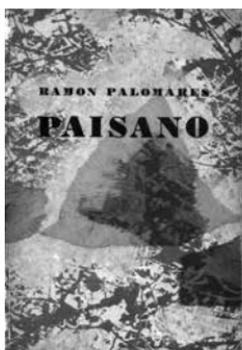
Biblioteca Ayacucho
2006



Fundarte
1988



EDIFSA
2004

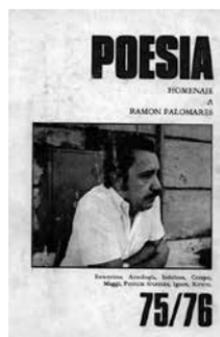


1964



Ediciones Fundacite

1993



1975/1976



Coordinación Trujillana de Cultura

1969



Ediciones Ramón Palomares

1980



Ediciones Sardo

1958



Ediciones Cultura Hispánica

1990

ÍNDICE

CAPÍTULO I	
ESCUQUE UNA PUERTA A LA SENSIBILIDAD	9
CAPÍTULO II	
CON ÉL VIAJABA EL REINO	19
CAPÍTULO III	
EL HABLA DE LOS PAISANOS	33
CAPÍTULO IV	
VOLVER A BOCONÓ: UN ENCUENTRO CON LOS AFECTOS	37
CAPÍTULO V	
POESIA Y REVOLUCIÓN	43
CAPÍTULO VI	
VUELTA A CASA, DIÁLOGO EN ESCUQUE	51
CAPÍTULO VII	
RECONOCIMIENTO A LA OBRA	59

CAPÍTULO VIII	
IR CON LA POESIA ES IR CON DIOS	63
CRONOLOGÍA DE LA OBRA	67
ANEXOS	
RAMON PALOMARES, ANTES DE EL REINO	71
NOTAS	87

Edición Digital
Marzo de 2019
Caracas, Venezuela





RAMÓN PALOMARES

(1935)

Poeta y docente. Nació en Escuque, estado Trujillo. Estudió Lenguas Clásicas. Fundador del grupo literario "Sardio" (1958-1961), y en el que figuraban autores como: Adriano González León, Guillermo Sucre y Francisco Pérez Perdomo, quienes luego formarían el movimiento estético "El Techo de la Ballena". Ejerció la docencia en la Universidad de Los Andes. La poesía de Palomares es una celebración a la naturaleza y a lo originario; es encanto ineludible y seductor.

Pedro Ruiz

(1953)

Poeta, cronista y fotógrafo. Coordinador de Cultura del estado Trujillo. Ha publicado *La memoria de Aragua* (1990), *Palo Negro ayer y hoy* (1992) (crónicas), *Con el río a la espalda* (1985), *Estación posible* (1995), *Artesanía y Arte Popular en Aragua* (2000), *Otilio Galíndez, un poeta que le canta a la patria* (2006).

